

Capítulo IX - Justicieros y muertos populares de Argentina...



Un mausoleo frío y solitario en el cementerio de General Alvear, en Mendoza. La mañana amaneció nevada, mientras el sol, apenas se mostraba tímido y distante en el firmamento celeste grisáceo de ese diecisiete de Agosto del año 2007. Escrito en grandes letras en su frontispicio, se leía desafiante una inscripción: "*JUAN BAUTISTA VAIOLETO, nació el 11 de noviembre de 1894 en Santa Fe y murió el 14 de septiembre de 1941, en General Alvear - Mendoza*"

Don Triángulo, abrigado con un grueso poncho salteño, hecho en lana de vicuña, del color rojo punzó y con guardas negras, caminaba despacio por las callecitas que llevan a ese nostálgico sepulcro, mientras pensaba en Vairoleto "el gauchito de los humildes".

Se detuvo solemne ante su tumba y con el dorso del puño, dio tres golpes suaves sobre la puerta de hierro, que retumbaron en el silencio infinito del lugar. Nada ni nadie contestó. Las placas de bronce amuradas, apenas se iluminaban con los pálidos reflejos del lejano astro solar. Pero los mensajes escritos que emitían sus grabados, eran contundentes y precisos:

"Mausoleo construido por sus fieles, en memoria del Santito Bandido y en eterno agradecimiento". "Gracias Vairoleto por devolverle la salud a mi madre". "Gracias por obtener mi libertad" "Gracias porque no remataron mi casa"...

Paredes forradas con las gracias de un pueblo, que se sintió escuchado en la noche de sus ruegos. Gracias, expresadas por miles de personas que un día, se sintieron ahogadas en angustia, en miedo o en desesperación y que en él, encontraron un consuelo que no podían hallar en otro lado.

Quizás algún intelectual - esos personajes que ocultan detrás de muchos argumentos, lo muy poco que saben -, al mirar esas manifestaciones, piense que son una variante "del opio de los pueblos" o una necesidad, propia del primitivo que aun habita dentro nuestro. ¿Será que "come vidrio" tan fácil nuestro pueblo? ¿O una sabiduría más sana que el consumo de somníferos y tranquilizantes, se esconde vigorosa entre sus rituales populares?

Vairoleto no fue un santo, en el sentido original y clásico del término. Para nada. Ni siquiera tuvo un mínimo de respeto por dos de los "Mandamientos" más universales: no matarás y no robarás. Pero en la década del treinta, cuando el pobre de La Pampa, Mendoza, Río Negro o cualquier provincia del país, era una indefensa víctima del empleador despiadado, o era vapuleado por jueces, políticos o milicos prepotentes que se reían de sus protestas y lo dejaban morir de hambre, surgió desde la nada una figura de

extraña rebeldía, que era capaz de tenerlo en cuenta y ayudarlo en sus desgracias, con dinero o lo que fuera.



Como el caso del agricultor que hipotecó su campo ante la reiteración de malas cosechas y al no poder pagarlo, el usurero del pueblo pidió su ejecución prendaria. Vairoleto arriesgando su libertad, se le acercó al agricultor con un fajo de billetes para que cancelara la deuda, en agradecimiento por haberlo protegido tantas veces; y además, le pidió que invitara a cenar al usurero, luego de pagarle. Cuando el usurero regresaba cenado y feliz para su casa, habiendo cobrado hasta el último centavo de los intereses, un desconocido encapuchado lo esperó para asaltarlo amablemente en el camino, con un Winchester apuntándole a los sesos... ¿Cómo no iba a quererlo el pobre o el marginal, a un personaje tan romántico? ¿Cómo no iba a ocultarlo, alimentarlo y protegerlo de sus enemigos uniformados, si era el único capaz de enfrentarlos y hacerlos tambalear?

Juan Bautista Vairoleto y su banda, tuvieron a mal traer a la policía de Río Negro, Mendoza, San Luis y La Pampa, durante más de una década, por lo que fueron intensamente buscados y puesto precio a sus cabezas. Los cargos eran de "asalto a mano armada, en banda, en poblado y en caminos..." Pero él, representaba el último recurso de esa lucha inconsciente de los sectores populares contra un orden social injusto. Pasó el tiempo – la mejor de las pruebas para conocer cuanto hay de verdad en un mito o una leyenda –, y el reconocimiento del pueblo, se mantuvo intacto.

- *Nosotros tratamos de educarlo bien, lo mejor que pudimos* – oyó Don Triángulo detrás de él. Giró su cabeza y vio que era la voz de una anciana, secundada por un anciano, cuyos cuerpos flotaban en el aire – *Yo soy Teresa Bondino y él, Victorio Vairoleto, los padres de Juan Bautista, nuestro quinto hijo. Desde chico tuvo problemas con la justicia y toda su juventud, la pasó en la cárcel por matar a un hombre. El, igual quería ser bueno, pero nunca nadie en este país, hizo algo en serio para que los delincuentes que ya pagaron sus deudas, se reformen. Al contrario, siempre les pusieron todo tipo de palos en la rueda y no les dejaron otra, que seguir viviendo en la ilegalidad. ¡Cómo hubiese querido tenerlo más tiempo conmigo! Él quería afincarse en Carmensa, al sur de Mendoza, junto a su esposa Telma Ceballos y sus dos hijitas, Juana y Elsa, y vivir en paz, pero no... sólo lo buscaban para matarlo y jamás le dieron a su noble corazón, una mínima oportunidad. No le dejaron escapatoria. A mi hijo solamente se lo puede juzgar desde el amor, que es la más perfecta de las justicias... A su mujer, le dijo antes de morir "yo quiero que nuestra hija, cuando sea grande, sea aviadora, para que sienta la libertad"*
- *"... Los que me lloran por muerto, dejen ya de llorar; vivo en el alma del pueblo, nadie me puede matar"* – dijo Vairoleto, apareciendo por detrás de la cruz del mausoleo, repitiendo esa frase tan popular con la que se lo recuerda. Don Triángulo le sonrió y se estrecharon en un largo abrazo.
- *He venido para invitarlo a un asado en la laguna de Utracán, en la Provincia de La Pampa* – dijo muy contento Don Triángulo – *Esa que esta ubicada en el valle del*

mismo nombre, al otro lado de la medianada que flanquea el Valle Argentino. Una típica y hermosa laguna pampeana ubicada a diez kilómetros de General Acha, por un camino que atraviesa una pintoresca zona de médanos.

- *La conozco como a la palma de mi mano – respondió seguro Vairoleto – lo acompañó muy honrado y si a usted le parece, me seguirán mis padres. Además, ya sé que también tenemos que buscar a otros amigos...*



Y a buscar a otros amigos se fueron en un instante, hasta el Cementerio del Oeste en la ciudad de Tucumán. Bajo la sombra que proyectan a la distancia los frondosos y antiguos árboles del Parque Avellaneda, hay una tumba que no es demasiado diferente a la de muchos “venerados popularmente” en el resto del país. En ella abundan las placas de bronce con pedidos, agradecimientos y recordatorios. Las velas, de todos los tamaños y colores. Pedidos y objetos personales de incontables devotos y que son la muestra acabada y fiel, de que el Gaucho Andrés Bazán Frías, permanece “inexplicablemente vigente”, en la memoria activa de su pueblo tucumano.

Se acercaron hasta esa tumba los cuatro personajes – *Don Triángulo y Vairoleto con sus padres* – Les llamó primero la atención, un conjunto de objetos colocados sobre la parte superior de la cruz que preside el sepulcro. Bien de cerca, comprobaron que se trataba

de un crucifijo de bolsillo hecho de metal, un viejo y desteñido escapulario de la Virgen del Carmen – *patrona de la buena muerte* - y una desgastada medallita de la Virgen del Valle. Y además, una amarillenta orden de captura a nombre de *Bazán Frías Andrés*, fechada en Septiembre del año 1922.

- *Estas cositas se las encontré en sus bolsillos, el día en que me lo mataron – se escuchó pronunciar en tono marcial a una figura, que apareció luciendo el uniforme de la Policía de la Provincia de Tucumán y mientras flotaba en el aire – Yo soy Félix Bazán, padre de Andrés Bazán Frías, alias el Manco, y soy policía por vocación. Lo velé en este mismo cementerio donde cayó muerto, ya que cuando quiso saltar el paredón para esconderse en él, le encajaron un balazo en el cuello, los policías que venían persiguiéndolo. En los lugares sagrados no se mata, así que su muerte, se convirtió en un acto injusto.*
- *¡Pobrecito! – exclamó la madre de Vairoleto - ¡Si sabré yo lo que se siente, cuando se muere el hijo de uno!*
- *Vea señora, yo procuré que mis hijos fueran criados con moral y disciplina en un hogar bien constituido, humilde por cierto, pero levantado con trabajo y sacrificio, tratando de darle el mejor de los ejemplos... – dijo casi enojándose el policía y padre Félix Bazán.*
- *A veces, se nos va la mano, con tanta disciplina que queremos embutirle a los gurises - respondió pensativo el padre de Vairoleto – Pero lo único que*

conseguimos en algunos, es exactamente lo contrario... Si hasta parece que nos lo hicieran a propósito...

- *Al principio me salió muy decente – respondió muy serio Félix – Trabajaba y hacia sus cosas, como Dios manda. Pero se me juntó con malas compañías y empezó a delinquir. Los robos y los crímenes le inflaron el prontuario, para vergüenza de su madre y de la mía. Hasta lo hirieron en una mano y desde ese entonces, dejó de ser Andrés y pasó a ser “el Manco” en el ambiente del hampa. Yo busqué hacerle desaparecer al prontuario y un colega mío, me hizo la gauchada de quemarlo, para que el apellido quedara sin manchas...*
- *No se puede quemar lo que uno ha sido, pero si, se puede entender por qué se obró como se obró – respondió Vairoleto – Cuando el sueldo no es sueldo, sino que es una burla patética y humillante, cuando te reclutan por la fuerza y te mandan a trabajar la tierra como a un esclavo, para beneficiar a algún terrateniente ricachón, o cuando los impuestos te los sacan caprichosamente y jamás llegan a las arcas del gobierno, es justo y obligado el defenderse. Pero claro, si somos pocos y desorganizados, nos consideran delincuentes, pero si somos muchos y organizados, entonces somos un ejército de liberación. Asesino o héroe, ladrón o confiscador, dependen de quien te escriba la historia... En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira, todo depende, del cristal con que se mira...*
- *Estoy con usted “Pampeano” – dijo apareciendo el gaicho Bazán Frías – Solamente el Tata Dios y nuestras conciencias saben lo que pensamos y por que, actuamos como lo hicimos. El Padre de Todo conoce, que siempre nos rebelamos ante las leyes humanas y su forma de aplicarlas, máxime cuando nos quisieron doblegar por medio de injustos caprichos. Pero no hubo pobre o necesitado, viuda o huérfano en la miseria, que en esos años pudiesen decir que nos olvidamos de ellos... Siempre respetamos a las mujeres, a los niños y los ancianos. Y si alguna vez matamos, el Supremo Hacedor conoce perfectamente, que fue absolutamente en defensa propia. Matamos y no morimos, simplemente porque nuestros reflejos fueron mucho más rápidos que los del otro...*
- *Pero eso, no se corresponde con las leyes – respondió el policía y padre, Don Félix Bazán – Las Leyes han sido hechas para ser respetadas, sino ¿para que fueron hechas? ¿Qué sería de nosotros si no respetáramos a la República? Si uno esta disconforme, hay que cambiar la legislación e imponerla y no, querer imponer la voluntad de uno. “Dentro de la Ley, todo. Fuera de la Ley, nada”*
- *Pero usted lo sabe bien Tata, que en este país, cuanto más arriba se está, menos se respeta a la Ley – respondió el Gaucho Cesar Bazán – Al pobre lo acorralan y esquilman, manipulando las Leyes. Especulan con que no se les pueda probar nada y así, llevan adelante horrendos crímenes, de todo tipo. No me ponga el carro delante del caballo, don Tata, que no es que se ha hecho el hombre para servir a las Leyes, sino que las Leyes se han hecho para servirlo al hombre.*
- *Toda esta confusión se produce porque en la Argentina se mezclaron demasiadas razas - apareció diciendo el Capitán de Navío Hans Langsdorff del acorazado alemán Admiral Graf Spee, suicidado él, junto con su buque, en Diciembre de 1939 frente al puerto de Montevideo - Fíjense que en este país se mezcló el europeo con el indio y salió el mestizo, el europeo con el negro y surgió el mulato, el negro con el indio y apareció el zambo. Todas razas netamente inferiores...*

- Pero, no le parece una barbaridad lo que esta diciendo - dijo animándose la madre de Vailoretto.



- Lo que digo es muy fácil de entender con un ejemplo - respondió el Nazi Langsdorff - Los caballos de la raza Percherón Francés, son muy buenos para hacer fuerza como caballos de tiro y no existe quien los supere. Son muy dóciles y trabajadores, aunque demasiado lentos para correr. En cambio, los Pura Sangre Ingleses son muy veloces y elegantes, aunque no sirvan para hacer fuerza. Pero mezclen estas dos razas y obtendrán otra, que no sirve ni para hacer fuerza, ni para correr... O sea, obtendrá argentinos, esos seres que teniéndolo todo a su disposición, son incapaces de defender lo suyo y permanentemente, nadan en el fracaso, sin otra opción que la derrota. Miren en cambio las razas puras como las de los

japoneses, los alemanes o los italianos, que quedaron destruidos y aniquilados por una guerra y notará, que en pocos años resurgieron de sus cenizas y volvieron a estar entre las primeras potencias mundiales. Ustedes, son la escoria de ese crisol de razas, porque no se tienen un mínimo de respeto. Ustedes no tienen solidaridad espontanea, hay que convencerlos con sentimentalismos u organizar fiestas, para lograr que donen algo. Todo se debe a que entre ustedes, no se reconocen de la misma sangre y en consecuencia, se detestan, odian y mienten los unos a los otros. Si supieran como lamento que mi alma germánica, quedara vagando por estos lugares cuando me suicide en Montevideo. Haber visto como son los Sudacas, fue el peor tormento que me tocó sufrir...

- Por lo menos no somos asesinos y genocidas, como ustedes los alemanes— respondió indignado Vairoleto, tanteándose como si buscara su revolver Colt 1911, calibre 38 Súper, entre sus ropas.
- ¿Por qué no investiga lo que pasó con la guerra de la triple alianza y que pasó, con los paraguayos...? Pregunte que hicieron entre los brasileros y argentinos, cuando entraron a Asunción en enero de 1869 y después, me cuenta si han sido o no genocidas de un millón de paraguayos, por estos lados – respondió preñando su pipa muy tranquilo el Capitán de Navío Nazi, buscando sigilosamente la pistola Luger Parabellum P.08, 9 mm en su uniforme de marino.
- Aquí nadie le dio vela en este entierro, Don Capitán – intervino, frunciendo el ceño, Don Triángulo – Ellos fueron salteadores rurales, es cierto, pero los empujaron fuera de la ley por la injusticia y resultaron erigidos en héroes, por los pobres. Algunos fueron vengadores y a los campesinos, no los ayudaron demasiado, pero golpearon duro a sus opresores, brindándole a esos pobres oprimidos una gratificación psicológica. Otros fueron muy bandidos, es cierto, porque tenían la cabeza llena de ideas anarquistas. Pero todos expresaron una forma primitiva de protesta, propia de las comunidades agrarias arcaicas, cuyo equilibrio se rompió

con la penetración del capitalismo salvaje. Fíjese que esta gente se extinguió, cuando se afirmó el Estado y surgieron los sindicatos y los partidos modernos. Nuestros problemas, los vamos a arreglar entre argentinos, mal o bien, pero entre argentinos. ¿Me entiende? Así que haga el favor de retirarse...

- *De cualquier manera, a pesar de lo que dicen, yo cumplí siempre con las leyes y trabajé como un buey, de sol a sol. Hice siempre lo que me ordenaron – intervino reflexionando el padre y policía Don Félix Bazán.*
- *Ya sabemos que ustedes los policías, son un elemento accesorio a la relación entre las dos partes – le respondió Vairoleto – Cuando el ricachón sodomiza al inculto e ignorante pueblo, ustedes siempre son el elemento accesorio...*
- *¿Acaso...usted me esta tratando de forro o de preservativo? – preguntó sorprendido y desconfiado, Don Félix Bazán.*
- *Y...tómelo como mejor le parezca – respondió con una sonrisa picara, Vairoleto*

La cosa se estaba poniendo pesada, cuando desde el fondo del cementerio, se observó a una intensa luz acercarse lentamente hasta el grupo, dando pequeños y juguetones saltitos, como si retozara divertida en una inocente rayuela... Era el niño de la Esfera Azul Celeste, quien llegaba acompañado de un bebe, de nombre Pedrito Hallao, dos pequeños mellizos, de nombre Lucas Hallao y el Carballito, muerto en tiempos del cólera.



La cara y el cuerpo de Pedrito Hallao, un recién nacido que fue abandonado en el portón grande del humilde Cementerio del Norte, en la ciudad de Tucumán, estaba cubierto de miles de ronchas, como piquetes de bichos, que hacían muy difícil mirarlo y no sentir una secreta repugnancia. Los dedos de sus manitos y pies, la pequeña nariz y las orejas diminutas, estaban negros y momificados, como si fueran de un cuero reseco y viejo...

- *¡Madre de Dios! ¡Pero que le pasó a este chico?! - Dijo la madre de Vairoleto, haciéndose la señal de la Cruz.*
- *Cuando recién nacido, lo abandonaron en el cementerio, señora - le respondió el Niño de la Esfera en la Luz Azul Celeste, mientras lo acariciaba - Se congeló por el intenso frío, mientras era picado por un ejército de hormigas coloradas. Y algo parecido, paso con estos "mellis"... A*

todos se les puso el apellido de Hallao, porque se los encontró de pura casualidad y Pedro o Lucas, por el santo que figuraba ese día en el calendario.

Los cuatro niños sonreían angelicalmente y de solo mirarlos, inspiraban una extraña paz entre todos los presentes. Eran las víctimas de la maldad, del abandono y el desinterés, en nombre del evitar a toda costa, la vergüenza del embarazo no deseado. Eran los hijos de

"los patrones", esos que se creen señores feudales y son tan comunes en la zona tucumana, quienes embarazan sin el menor impedimento a las "chinitas", esas campesinas - generalmente muy bonitas y analfabetas, con edades entre los diez a catorce años -, que eran contratadas para tareas domesticas, a cambio de la comida y la cama. Ni las bestias del campo, ni las fieras de la selva, abandonan a sus crías o a la madre embarazada. El abandonarlas, es propio de aquellas sociedades que en vez de valorar como virtud el sacrificio de hacerse cargo de los niños, solo ven la debilidad de haberlos concebidos o la falta de viveza y determinación para abortarlos. En nombre del buen nombre, se cometen horribles crímenes sin nombre...

Pero la gente pronto se dio cuenta que eran recién nacidos con poderes especiales. La noticia se fue corriendo de boca en boca y hasta sus tumbas, cavadas en la tierra, comenzó a llegar la gente con flores y con promesas, con juguetes y con pedidos. A dejarles las muletas y a llevarse la felicidad de la salud recuperada. A traerle flores y velas y a llevarse regularmente el agua que brota de la tierra, como en el caso del niño Carballito - otro abandonado luego que sus padres murieran victimas del cólera -, enterrado en un humilde cementerio de la zona de Cruz Alta, que hace surgir agua desde el fondo de la tierra tucumana, en una zona semidesértica.

Los cuidadores del cementerio, profundamente conmovidos, construyeron un templete con las donaciones y actualmente, son el lugar de encuentro de sus devotos, los días 29 de junio (Festividad de San Pedro y aniversario de la muerte de Pedrito Hallao) y el dos de noviembre, día de todos los muertos.

Son el mito y la esperanza de un pueblo, la promesa de que serán oídos por Dios a través de ellos, a quienes consideran sus intermediarios santos. Un pueblo que en su ignorancia, su incultura y sus creencias, siente orgullo por la vida, venga de donde venga y que no siente vergüenza porque esos bebes fueron concebidos en una unión anómala. Después de todo, el concebirlos fue hecho en un momento de pasión y sojuzgamiento, pero el abandonarlos para no manchar un nombre, se hizo en plena conciencia de la maldad del acto.

- *Ave Maria Purísima* - saludaron a coro los cuatro niños.
- *Estamos aquí para ayudar a todos los argentinos y ponernos a sus gratas ordenes, Don Triángulo* - agregó Pedrito Hallao.
- *Nuestra mayor alegría es el poder ayudar. Sin rencores y sin odio poder unirnos y entre todos, sacar el país adelante* - dijo Carballito

Se unieron todos de la mano, formado un enorme circulo, a los cuales se sumaron, a medida que llegaban al cementerio, el alma del venerado por sus fieles de Corrientes, el Gaucho Olegario Álvarez - *un justiciero que murió peleando y obra milagros en su provincia*- y luego, las almas de Lázaro Blanco, de Juan Moreira, de Santos Vega y de Hormiga Negra, integrando el pelotón de lideres populares, que con errores y aciertos, trataron en sus vidas, de hacerle un poco mas fácil la existencia triste a los mas pobres, los cuales, aunque muchos no lo crean, también tenían el derecho básico a vivir.

Don Triángulo cerró los ojos e hizo que todos elevaran las manos unidas entre si, implorando al Tata Dios una plegaria en nombre de todos.

- *Tata Dios de nuestros padres, consuelo en nuestras tristezas y calmante de nuestras angustias, son muchos los que sufren en nuestra Patria y pareciera que nadie confiara más en nosotros. Hasta nosotros mismos dudamos de nuestras fuerzas y de nuestros logros. Te pedimos que perdones nuestros errores y que con tu sabiduría y amor infinitos, sepas valorar nuestros aciertos y comprender los objetivos profundos, que nos animaron a ser como fuimos...*
- *Amén* - respondieron todos y permanecieron por un largo rato meditando en el silencio, tomando mate y comiendo bizcochitos entre las tumbas de seres queridos, como se acostumbra en esa zona, preparándose para continuar el largo viaje, sumando amigos para la causa...

Y luego... un atardecer espléndido, en el cielo diáfano y despejado de Santiago del Estero. El sol, se ocultó cansado y con muchas ganas de seguir mirando a ese grupo de personajes justicieros tan singular, que en la Argentina, poco a poco, se formaba. Las matemáticas astronómicas, como siempre inexorables, escondieron detrás del horizonte a la estrella solar, exactamente a las 18,23 horas del día Viernes 17 de agosto del año 2037.

Una enorme granja, ubicada sobre la ruta diecisiete, entre Añatuya y Jurados, con muchas hectáreas sembradas y otras, con su vegetación nativa y virgen, eran el próximo destino del grupo de Don Triángulo y sus amigos. Soplaban un agradable viento del Norte.

En el corazón de la granja, una amplia casa de paredes blancas, techo de tejas marrones y anaranjadas, puertas y ventanas de colores verdes y azules, se alzaba sonriente, cordial y cálida, como invitando a cualquier caminante a detenerse, para recargar las energías gastadas. Decenas de algarrobos blancos y negros, de quebrachos blancos y colorados, se erguían majestuosos, como colosales custodios, de esa isla de sosiego y agradable paz.

En el silencio infinito del crepúsculo triste, en el semiárido paisaje santiagueño, el sonido inconfundible de un bombo legüero, transformó en alegría la melancolía de la tierra seca, la añoranza de los pozos de agua con escaso contenido y el paso lento y mustio, de los arbustos resecos. Un inmenso eco se sumó activamente a ese ritmo, acompañándolo armoniosamente. De golpe, todo Santiago del Estero retumbaba al compás contagioso del bombo, esparciéndose su sonido por leguas y más leguas, de la mano de la brisa que parecía danzar en consonancias con él.

Al rato, arrancaron alegres y veloces varias guitarras con sus melodías de chacareras, en un compás de seis por ocho, acompañando la percusión del bombo, que lo hacía en un tres por cuatro. Y se agregaron "las cajas", con sus parches de cuero curtido y bien templados, sacados de cabras y ovejas, vigorosamente percutidas con los mazos, marcando y remarcando los acordes. Unos violines agudos y ágiles, completaron con su magia de dulces notas, lo que faltaba para sentirse completamente instalado en el mismo cielo...

Se oyó entonces al cantor, desgranar con una voz muy varonil, curtida por los vapores de hectolitros de aguardiente, a la letra melancólicamente hermosa, de la chacarera del Agustín Carabajal:



*Telecita, la manga mota,
tus ropitas están rotas;
por la costa del Salado,
tus pasos van extraviados.*

*No preguntes por tu amor,
porque nunca lo hallarás;
un consuelo a tu dolor,
en el baile buscarás.*

Los promesantes, o sea aquellos que iban a hacer las promesas a cambio de favores del cielo, eran los mismos dueños de la inmensa granja. El hombre, era Don Eleuterio Demetrio Sánchez, un cincuentón y natural del lugar, que parado y teniendo a su mano izquierda a los invitados, comenzó el baile agradeciendo de antemano:

- *Quiero agradecerle a la Santita Telésfora Castillo, la buena cosecha que vamos a tener este año - y lo dijo gritando y elevando con su mano, a la primera copa de caña.*
- *Y yo le pido a la queridísima Santita, que pronto me le mande un novio a mi hija La Rosita - añadió su mujer, Dona Erlinda Serafina, tragándose de un solo saque una copa de ginebra, mientras la orquesta y el cantor continuaban su chacarera:*

*Por esos campos de Dios,
te lleva tu corazón,
sin saber que tu danzar
es tan sólo una ilusión.*

*Con un bombo soñador
y un violín sentimental
y un cieguito al encordao,
el baile va a comenzar.*

Los bailarines arrancaron con muchísima energía, para danzar con su primera chacarera, ejecutando el avance y retroceso en línea recta, sin cambiar de frente y luego, desarrollando la figura de un rombo muy alargado, enfrentando sus flancos derechos en el centro y los izquierdos, al llegar. Finalmente retrocedieron de espaldas, hasta su sitio inicial. Una copa de ginebra para cada danzante, ofrecida por el público invitado, era la segunda de una ronda de siete vasos, que debían ingerir los promesantes en esa primer chacarera ...

*Y así te verán bailando,
loca en cada amanecer,
como metida en la danza,
muy adentro de tu ser.*

La *Telesiada*, una verdadera ceremonia ritual pagana, se iba calentando poco a poco de la mano del alcohol y el entusiasmo. La gente lo vio entrar a Don Triángulo y en el acto, lo invitaron a sumarse.

- *Cuanto más sean, mejor para los promesantes...* - gritó uno de los peones

La pareja hizo un delicado giro, acompañado rítmicamente de las repiqueteantes castañuelas. Siguieron con una vuelta entera y enseguida, el zapateo del hombre se combinó con el zarandeo de la mujer, mientras las castañuelas se oían cada vez más fuertes. Otra vuelta entera, un zapateo y un zarandeo distinto del anterior... y el vino, la ginebra, la caña y el aguardiente mezclados con poléo, meciéndose entre las venas y mojándolos bien por dentro...

*¡Ay, Telésfora Castillo
tus ojos no tienen brillo!
Van perdidos por el monte,
o buscando el horizonte.*

*Ese baile del querer,
con su música llamó
y desnuda bajo el sol,
la Telecita llegó.*

La siguiente media vuelta que dieron Eleuterio y Erlinda, todavía era atrayente, aunque las castañuelas pronto empezaron a apagarse. Y para el giro final y la coronación de la primera vuelta, los pasos ya eran mucho más lentos y una sonrisa perdida, cruzaba la cara del Eleuterio de oreja a oreja. Lo único que se mantenía firme, era la entrada permanente de alcohol por los gargueros de los danzantes...

Bailaban únicamente el promesante con su mujer, como marcaba el ceremonial y sin que estuviese permitido el cambiarse de pareja. Para que se cumplan las promesas, debían bailar durante siete chacareras seguidas y entre chacarera y chacarera, ambos debían ingerir una copa de una bebida espirituosa y alcohólica, ofrecida por los invitados.

Cuando estaba por terminarse la sexta chacarera y casi empezando la séptima, el hombre y su mujer estaban muy cansados por el baile y totalmente mareados, por el alcohol. Se apoyaban el uno en el otro, como para no caerse de golpe al suelo.

- *Fijate Erlinda... mira todos los amigos... que se trajo (hic)... Don Triángulo (hic)* - dijo Eleuterio, haciendo un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos.
- *Tenés razón, che viejo... están Vairoleto, Bazán Frías... el Carballito (hic)... ¿No abra alguno pa' La Rosita? (hic)* - Respondió su mujer, que ahora bajo los efectos del alcohol, podía ver perfectamente a las almas que acompañaban a Don Triángulo.

Lentos, despacio, torpes y pesados, los promesantes fueron cayéndose obnubilados hasta el suelo. El hombre estaba arrodillado cuando se largó con todo su ímpetu la séptima

chacarera y en un esfuerzo supremo, empezó a zapatear de rodillas... al mismo tiempo que su mujer intentaba seguirlo en esa danza caída, pero en vez de zarandearse las polleras... lo hacia con una de sus trenzas.

- *Ahora si que la santita está dispuesta a satisfacerles su pedido* - gritó contenta una vieja.
- *Diz que los milagros sobran cuando se le ofrece un baile como este* - dijo otra, que se había prendido a una damajuana de cinco litros, para no perder el tiempo llenando el vaso.

Allí si que se generalizó el baile, acompañado de gritos, risas y mucho alcohol. Hasta los músicos paraban de uno en uno, para recargar sus gargantas y entonarse mejor, para interpretar mejor las canciones, como corresponde, según decían... El cantor pedía más y más bebidas, para que se le aclare mejor la voz... y decía que si no, no se inspiraba.

Algunos invitados empezaron a tener más y más dificultades para caminar y se tambaleaban hacia los costados, chocándose los unos con los otros. Cada golpe, era ocasión de carcajadas y más gritos... y las Chacareras, le dieron paso a las Zambas, al Gato, al Malambo, a los Carnavalitos... y a más Chacareras, en un licuado de ritmos folklóricos.

En el medio del patio, presidiendo la ceremonia, había una enorme mesa, como una especie de altar o catafalco, cubierta enteramente de sabanas blancas, y rodeada de cuatro velas y un enorme cirio, encendidas desde que comenzó el baile.

El promesante, había amasado y horneado un muñeco de harina de trigo, el cual recibe el nombre del angelote. Y su mujer, preparó un monigote de trapo, representando al cadáver de la Telecita. Ambos, estaban depositados prolijamente, sobre aquella blanca mesa.

Iba pasando el tiempo y vaciándose las damajuanas. Ya no quedaba invitado que quisiese llevar sus brazos o piernas para un lado... y no se le fuesen para el otro.

- *Tenés la cara de escuerzo* - le gritó uno.
- *Yo la tendré de escuerzo... pero vos la tenés de venado, por lo cornudo* - le gritó el otro, intentando pegarse mutuamente con botellas, pero tanto demoraron, que cuando consiguieron estar cerca... ya ni se acordaban el por qué estaban peleando.
- *¿Así que tenías un hermano mellizo?* - le preguntó una vieja, que lo veía doble a Don Triángulo.
- *Creo que hay terremoto..., todo se esta dando vuelta...* - alcanzó a decir un invitado sanjuanino, prendido de dos botellas como si se agarrase de un pasamanos.
- *¿Dónde mierda... (hic) está la Rosita?* - preguntó la Erlinda, cuando se recuperó un poco- *¿no me la estará seduciendo, ese degenerado... el hijo de Don Ernesto?*
- *No te preocupes mi mamacita* - dijo la Rosita, apareciendo precedida por el hijo de Don Ernesto que no se podía mantener en pie, mientras ella se acomodaba las ropas - *que a este flor de tarado, el vino le hace agarrar más ganas, pero no se le para ni un pelo...*

Hacia la madrugada, casi todas las caras de los invitados estaban rojas, con sus cachetes y narices coloradas; los ojos temblaban de un lado al otro, las palabras eran balbuceantes y la marcha, era casi imposible para la mayoría. De uno en uno se fueron cayendo como manzanas maduras y solo el bombo, seguía tocando apenas lo que podía...

Don Triángulo se paseaba muy respetuoso de todos, por el costado de la pista de los danzarines, tratando de no pisar a los que se iban cayendo. Él era casi un abstemio y nunca se excedía en el consumo de alcohol.

Muchos parecían bailar solos pero en realidad, estaban danzando con las ánimas del grupo de Don Triángulo, a las cuales solamente se podía llegar a percibir las, en ese particular estado de trance alcohólico.

Hacia el fondo del patio y desde el lugar más oscuro y apartado, cerca de la una de la madrugada, hizo su aparición sigilosa, una hermosa mujer de alrededor de veinte años. Era hermosa hasta el frenesí masculino, pero estaba totalmente desaliñada... Su pelo negro y ondulado, mezclado con hojitas amarillentas y reseca de los árboles, caía descuidado hasta el nivel de su cintura. Un vestido que fue blanco, largo hasta la mitad de sus piernas, lucía deshilachado y en jirones mal cortados, arrancados... Sus pechos bien erguidos, hacían punta desafiantes, detrás de las envejecidas telas. Sus pies descalzos, estaban profundamente cuarteados y llenos de un viejo barro. Entre sus manos y como abrazándola, portaba una pequeña vasija, de esas que se llaman "puco", repleta de yerbas medicinales... Sus ojos eran oscuros y transparentes, profundos y superficiales, vacíos de vida y rellenos de emociones. Dulcemente tristes, pero rebosantes de alegría pura. Todo en ella, era y no era, hasta fundir las contradicciones de la confusión y la claridad, en una persona misteriosa que irradiaba como una lejana estrella, su mejor inocencia y su pureza más perfecta.

Don Triángulo se le acercó y quitándose el sombrero, como todo un verdadero gaucho, le dijo con pícaro gracia una copla muy popular, que siempre debe decir aquel que se encuentre con el alma en pena de la Telecita, para poder congraciarse con ella:

- *¿Qué andas haciendo por acá, Telecita?*
- *Aquí ando, pues...* - le respondió ella, sonriendo
- *A ver, bailámelo a este encuentro, mi querida Telecita.*
- *Bueno, te lo bailaré con todo gusto...*

Y bailaron, bailaron y bailaron, hasta que se bailaron todo entre Don Triángulo y la Telecita... La música surgía desde el suelo, impregnando todo el aire de Santiago del Estero. Música y bailarines, terminaron confundidos en una sola pasión... Y luego, cansados pero felices, se sentaron a conversar en un banco, a un costado del patio de la granja. La historia de la trágica vida de la Telecita, es ampliamente conocida en toda la Provincia de Santiago del Estero.

Dicen algunos que era la hija de Don Pedro del Barco y Dona María Rosa Gómez. Otros, los más, afirman que era la hija natural de Don Felipe Castillo. Todos en cambio, aseguran que su padre era un acérrimo opositor a Rosas.

Nació en 1888, en Tolejona, departamento Figueroa, en la costa saladina de Santiago del Estero. Su niñez en la estancia "La Aurora", fue muy feliz. Cursó estudios en la capital de la provincia y luego, entró a un colegio religioso, convirtiéndose en una educada y refinada señorita. Pero cuando sus padres, por razones políticas debieron regresar al campo, aprendió las actividades del campo y como debía hacer para administrarlo.

Con el tiempo, viendo a su hija alejada de la alta sociedad, decidieron volver a reacondicionar la casona de Santiago, quedando la joven transitoriamente en la estancia. Pero el destino quiso que una epidemia de cólera los sorprendiera a los padres, acabando con ellos.

En pleno duelo por sus padres, se radicó en un poblado cercano a la capital, casándose al poco tiempo con Don Eumelio Ahumada, un joven estanciero de la aristocracia santiagueña. Pero su felicidad, no duró mucho. En una fiesta de carnaval, ofrecida por el matrimonio Díaz-Villar, un joven que era muy humilde, pero guitarrero y mujeriego, se atrevió a sacar a bailar a la joven Telecita, quien aceptó encantada, ante la mirada atónita de su esposo y el estupor de la cerrada aristocracia pueblerina de ese tiempo. El atropello, termino en un duelo criollo a cuchillazos y con los dos hombres, muertos el uno por el otro, como casi siempre sucedía en ese tipo de combates.

Desesperada, perdió totalmente la razón. Lo abandonó todo y se radicó por un tiempo en un pequeño rancho, cerca de La Banda. Deambulaba y deambulaba constantemente por los bosques y sus pequeños pies descalzos, se cuartearon con la tierra calcinada. Su casa paso a ser el monte entero y hasta dormía donde la sorprendía la noche, cobijada bajo el manto de las estrellas y acunada por los misteriosos ruidos nocturnos del monte santiagueño.

Usaba un vestido hecho jirones y deshilachado por ella misma. El "*puco*" o vasija que portaba siempre entre sus manos, hizo que dijese que era "*Yuyera*" y que se dedicaba a paliar el sufrimiento de sus semejantes, con remedios caseros hechos por ella, a base de plantas. Muchos vidrios de colores en collares, pulseras y botones, llevaba siempre colgados de su cuerpo.

Murió a los veinte años. Todos los testimonios coinciden en que fue víctima del fuego, aunque difieren en las circunstancias. Algunos, dicen que un rayo la alcanzó en el bosque y cubrió su cuerpo con llamas, las que propagó al rancho cuando entró corriendo y gritando. Otros, hablan que se cayó desmayada en el fogón de su cocina. Y otros más, repiten que se acercó danzando a una fogata, de donde saltó una centelleante chispa que prendió en sus vestidos y la carbonizó totalmente.

Dicen que desde el rancho incendiado, vieron elevarse a una figura femenina y que cuando revisaron el lugar, solo encontraron cenizas, sin rastros de su cuerpo. Otros, afirman que encontraron junto a unos árboles quemados, unos restos humanos calcinados, con el dije de plata que la Telecita llevaba siempre colgado del cuello. Dicen que la enterraron en el Cementerio de los Romano y que su cuerpecito, descansa en paz.

No se la vio más. Ella frecuentaba los boliches de Forres, Beltrán, La Banda y hasta de Santiago, donde cantaba y bailaba sola, incansable y maravillosa. Donde sonaba el bombo,

ella iba. La música y la danza, se apoderaban de su inocente espíritu. Y luego, cuando los bombos y las guitarras callaban, desaparecía entre la espesura del monte o en la soledad de los caminos, tal como había llegado. Pero desde el día en que aseguran que murió, nunca más se la vio por aquellos lugares que solía frecuentar.

- *Me quedan dudas respecto a su nombre - le dijo Don Triángulo - no se si a Usted debo llamarla Telésfora Del Barco, Telésfora Castillo, Telésfora Coria o Telésfora Santillán...*
- *Simplemente, dígame Telecita - contestó ella riendo a carcajadas, lo cual la hacía más hermosa y encantadora.*
- *Usted es muy venerada por estos lados - le dijo muy respetuoso Don Triángulo.*
- *Me han respetado por tres cosas - contesto muy segura de sí misma, la Telecita- Una, fue por mi pasión hacia la música y la danza, lo cual le representa al santiagueño, algo propio de los espíritus más elevados. Otra, por mi locura, que entre nosotros es señal y bendición de gracia del Altísimo y finalmente, por mi trágica muerte, consumida por el fuego, el cual es el gran purificador absoluto de todos los males humanos...*
- *Lo del fuego y la música lo entiendo, pero no me explico lo de la locura, para que hayan llegado a venerarla tanto por eso... - respondió Don Triángulo.*
- *La locura y la normalidad son las dos caras de una misma moneda - dijo la Telecita - No existen la una sin la otra, como no existe la noche sin el día. Pero en la dimensión humana, la normalidad solo se logra renunciando a nuestros sentimientos, emociones y pasiones. La locura es pretender ser yo misma, llegar a no importarme lo que otros interpreten como bueno o como malo. Lo que siento, es mío, hasta el nivel de ser lo más mío que puedo tener. El normal en cambio se adapta, agacha mansamente la cabeza, responde a todo que sí, obedece y renuncia a ser libre, porque en el fondo, tiene miedo de tomar sus propias decisiones. El normal, no quiere pensar. Necesita ser guiado, conducido y protegido, por aquel que para hacerlo, le quitará su libertad a cambio. Yo, soy yo. Y yo me visto y desvisto como quiero, yo bailo como quiero, yo vivo comiendo lo que Dios me deja entre las hierbas del campo... Yo no presto oído a los que me critican, yo no callo y les largo todo aquello que siento, aunque no me escuchen. Yo no ahogo mi bronca cuando veo una injusticia Y así fue que un día, en una fiesta de Carnaval, bailé con un hombre que no era mi esposo, que era mujeriego y todo lo que sea, pero que vivía la música y la danza como yo también la sentía. Compartiendo la danza con ese hombre, yo era muy feliz, me sentía en un diálogo profundo y fructífero, en una elevación espiritual mutua. Pero mi esposo era un normal, no era loco. Y el, cumplió con lo que la sociedad le exigía a los normales... Se batió a duelo con alguien que no me hacia ningún daño, pero que la sociedad se lo exigía para purificar su honor. Y el, era un normal. Bien normal. Y los normales tienen que cumplir con todas las reglas sociales, porque para eso son normales...*
- *¡...! - Don Triángulo permaneció callado, mirándola. No sabía qué contestarle.*
- *Estas Teleciadas, en las que el alcohol, la música y la danza desconectan a estos hombres y mujeres de la realidad patética del mundo, hace que en el fondo, ellos vuelvan a ser ellos mismos. Y eso es bueno, porque esa es alegría*

pura, es la alegría de la borrachera, de la naturaleza no inhibida... - agregó la Telecita.

Y entre chacareras, ginebras y danzas, se les vino encima la madrugada. Se apagaron las velas y tan solo quedó encendido el gran cirio. Ese, era el momento esperado para que una joven, elegida de antemano y oficiando de sacerdotisa, cortase el angelote en pedazos y lo ofreciese a los invitados, como una hostia pagana. Luego, esa joven tomó al monigote que representaba a la Telecita y lo quemó, para recordar el triste, pero purificador final de la Telésfora.

Cuando todo terminó, la Telecita se acercó a Don Triángulo, tomándole cariñosamente sus manos y mirándolo profundamente a los ojos, le dijo:

- *Me voy con ustedes, Don Triángulo, para ayudar en todo lo que Argentina me necesite...*

Sólo habían pasado cinco minutos luego de las siete de la mañana, del sábado 18 de agosto del año 2037. Aún era noche cerrada en la vieja estación de trenes de la Ciudad de Salta. Los pasajeros, ubicados en los asientos de un tren próximo a partir, luchaban contra el peso de sus párpados, pues el sueño reclamaba silencioso por cerrarlos. Molestos, enojosos e incómodos, todos se sintieron revivir cuando, en ese preciso instante, se escuchó el anuncio oficial de la partida.

- *“Personal del conducción de Tren a las Nubes, en vía primera...” “observando señales...” “puede partir” - tronaron retumbando los parlantes, como si también ellos se despertaran de un largo y profundo sueño.*

Repiqueteó entonces el badajo de la vieja campana, en un *talán - talán* que recordaba la melodía perdida de una escuelita de campo y luego, el plateado silbato del guarda, emitió su largo sonido agudo. El tren se sacudió como en un escalofrío solemne y lentamente, luego de un potente bocinazo de la locomotora, comenzó a moverse... para alegría de todos.



Don Triángulo y sus amigos amanecieron en la provincia de Salta. Don Triángulo, se acomodó en el asiento del lado de la ventanilla, en el costado derecho del tren. El sol, tenuemente se asomó en el horizonte, a las siete y treinta horas de esa fría mañana, mientras el convoy se desplazaba imponente, emitiendo su característico silbido. Todos sus amigos, flotaban invisibles en el aire y se desplazaban curiosos, por el interior de la larga formación. Había turistas extranjeros en su mayoría y,

como si fueran una extraña rareza, algunos pocos eran argentinos...

En las primeras etapas del largo viaje, el paisaje urbano y rural se dibujaba monótono en las ventanillas, mientras el convoy atravesaba los barrios de los Sauces, de Primavera y de Santa Ana.

Pero poco a poco, se fue internando en el Valle de Lerma, entre los campos sembrados de espigas de maíz y de matas de tabaco, verdes y floridas. Y luego, en Campo Quijano, una atractiva y singular villa veraniega ubicada a mil quinientos veinte metros sobre el nivel del mar, comenzó el ascenso hacia Los Andes, entrando a la Quebrada del Toro.

El paisaje cambió radicalmente y el asombro, comenzó a renovarse de kilómetro en kilómetro. Todo aparecía hermoso y majestuoso. Los cerros, estaban cubiertos de vegetación debido a la vivificante humedad que recibían desde el Valle de Salta. Los colores se derrochaban y no podían las palabras humanas, expresar la intensidad de semejante belleza. El color rosa pálido, el amarillo suave, el verde aguamarina y el azul celeste matizado de los minerales depositados en las faldas de los cerros, parecían extraídos de la paleta de un psicodélico pintor, en su momento de máxima alegría.

La locomotora, no se detuvo hasta haber atravesado la Quebrada del Toro, la cual acompañaba, como una fiel compañera, el paso serpenteante del río homónimo. El tren, fue atravesando el terreno por ambos márgenes del río a través de viaductos, una y otra vez, y realizando zigzags, incluso con marchas para atrás, hasta ganar la suficiente altura como para poder salir de la Quebrada e ingresar, a la enigmática y sorprendente Puna.

El paisaje de la Puna atraía por su soledad infinita y eterna, por su aridez y sequedad, pero también hipnotizaba con su especial belleza, que solo invita a compartirla en silencio, con quienes más amamos. Solo hay que saber mirarla sin pensar demasiado. Sentirla. Sin hablar ni razonar. Degustarla, en un festín para los ojos...

Aislados cóndores, cansados de surcar los cielos compitiendo con modernos aviones, satisfacen su sed, bebiendo el agua cristalina de los bebederos naturales. Una manada de guanacos y vicuñas, parecen adolescentes sorprendidos de que alguien se anime a pasar por esos lados y el colorido de los cerros, nos devuelven misteriosamente a la infancia, por el asombro increíble que ocasionan en nosotros.

El tren siguió trepando con sus ansias de pájaro hacia el cielo, a través de la compleja danza ferrocarrilera de rulos, círculos y zigzags, de perfectos diseños en sus vías, mientras el aire comenzaba a enrarecerse por la falta del vital oxígeno. En algunos pasajeros, apareció el temido soroche o apunamiento, malestar que se siente especialmente intenso por arriba de los tres mil metros de altura. Algunos, recurrían para mejorarse a los tubos de oxígenos, estratégicamente ubicados entre vagón y vagón, y otros aleccionados, tomaban un puñado de hojas de coca, lo masticaban y dejaban a un costado de la boca, mientras se iban tragando el amargo jugo que segregan.

A los mil ochocientos metros de altura, en la localidad de Alisal, el tren se detuvo y cambió de vías para poder seguir subiendo, remedando a esos pájaros que ascienden saltando de rama en rama para llegar a la copa de los árboles, y a tres mil setecientos setenta y cuatro metros, llegó cansado y satisfecho al poblado de San Antonio de los Cobres.

Sobre el techo de la estación, efectuando reparaciones con un balde y una cuchara de albañil, estaba *Luigi*, uno de los albañiles que participó en 1931 en la construcción del edificio de esa estación, a las órdenes del ingeniero norteamericano *Richard Maury*, creador y ejecutor de esa maravilla ferroviaria.

Don Triángulo lo llamó y *Luigi*, flotando con su alma en el aire, se introdujo en el vagón para acompañarlo. *Luigi* era un curtido albañil, llegado con una prolífica familia desde el norte de Italia. Había sido Sargento Mayor de *Bersaglieris*, condecorado varias veces en la Primera Guerra Mundial y que emigró para estas tierras, cuando el rumor de una nueva guerra en toda Europa, era cada vez más grande. Formó parte de esa gran familia de operarios criollos y emigrantes, que fundieron los sudores con sus propios sueños, que trataron de olvidar pesadillas y miserias en la faena dura de construir caminos de hierro entre montañas, que mezclaron esperanzas fantásticas con trabajo responsable y que el resultado final, fueron esos cuatrocientos treinta y cinco kilómetros de rieles, que desafían hasta hoy la gravedad y el vértigo, para anular la muralla divisoria de Los Andes.

- *¡Don Triángulo! ¡Qué honor tenerlo por aquí! ¿Y a qué se debe su grata visita?*
– preguntó intrigado *Luigi*.
- *Ando buscando a Doña Juana Figueroa de Heredia, la Santita Salteña, para una misión en la que tenemos que salvarnos los argentinos, solamente ayudados por nosotros mismos* – le respondió el paisano.
- *La conozco muy bien. Llegó a San Antonio de los Cobres a principios de Agosto, para celebrar la Fiesta de la Pachamama* – dijo *Luigi*, refiriéndose a la tradicional ceremonia en la que se rinde culto a la fertilidad de la Tierra – *para cuando regresemos, ella seguro que va a estar aquí, pues siempre así lo hace, ya que derrama sus bendiciones sobre los pasajeros y vendedores que la invocan...*

El trayecto ferroviario continuó entonces por algunos pocos kilómetros más, hasta que llegaron al majestuoso Viaducto La Polvorilla, el cual marcaba el final del recorrido. A 4.220 metros sobre el nivel del mar, los recibió una obra maestra de la ingeniería, un puente levemente curvo de más de setenta metros de altura. El tren entonces aminoró su velocidad y permitió disfrutar, como en cámara lenta, a semejante maravilla, hasta que por fin se detuvo, luego de recorrer doscientos cincuenta metros del largo del puente y tras superar el escalofrío generalizado, de sentirse suspendidos en el aire, a doscientos veinte metros del suelo. En ese instante, comenzaron a sonar por los parlantes del tren, la música de “La Creación del Mundo” de *Vangelis*, emocionando hasta los huesos de los vivos y los muertos, por su armonía perfecta con el encantador paisaje de la Puna.

Los guías, alentaron a los pasajeros a descender del tren y apreciar la imponente obra en todo su esplendor. En la inmensa Puna andina, las miradas se perdían más allá del infinito. La belleza del paisaje era sobrecogedora.

Eran las dos y media de la tarde. Siete horas y media de viaje, llevó llegar hasta el corazón mismo de la Puna, en el prodigioso Tren a las Nubes. Las llamas, vicuñas y guanacos, cruzaban sin rumbo aparente por los sinuosos caminos de montaña, mientras todos sentían tocar el cielo con las manos, experimentando la verdad del dicho que afirma que en esos

lugares, no existen días nublados y que el sol, se siente demasiado cerca del alma o que las nubes, se dejan atrapar con etérea suavidad.

Un ejército de vendedores ambulantes, conocidos como “*Los Collas*” y en su mayoría lugareños, aparecieron de improviso, ofreciendo sus múltiples productos regionales. Prendas y tejidos confeccionados en lanas de llama, quesos de cabras, dulces caseros, vinos regionales, instrumentos musicales de todo tipo, como las pequeñas guitarras, los charangos y los singulares violines utilizados en los *misachicos* – *esas ceremonias de los campesinos, en que luego de los festejos, se celebran en honor de sus santos* –, empanadas salteñas cortadas a cuchillo y tamales, esas empanadas realizadas con harina de trigo y envueltas en las hojas de la mazorca, junto a cientos de artesanías en plata y en cuero, o cerámicas, desde platos a grandes vasijas para almacenar alimentos, se ofrecían regateando desorganizadamente, en todos los precios y valores...

La necesidad, no sabe de paisajes bellos. Los vendedores son un toque de realidad que devuelven de golpe a los turistas, al verdadero entramado de la vida o sea, a esa mezcla de bellezas y miserias en que transcurren las existencias humanas. Los Collas, con esas vestimentas que resultan de mezclar el sombrero hongo y los ponchos multicolores fabricados con telas hiladas en husos a mano, de lana de vicuña y llama entintadas en vivos colores naturales, se combinan con los pantalones vaqueros y las zapatillas deportivas de segunda selección, fabricadas en el lejano Barrio del Once, en la ciudad de Buenos Aires. Son personajes singulares, únicos e irrepitibles que se apresuran por mostrarles sus productos a todos los turistas...

Y luego, el maquinista inició el parsimonioso y lento regreso del pesado tren, hacia la estación de San Antonio de los Cobres. Ni bien se puso en movimiento, el espectáculo visual dejó de ser el de un bucólico y sereno paisaje montañoso. Los Collas, alzando sus mercaderías, corrieron hacia unas desvencijadas camionetas y unos destartados colectivos, cada cual pugnando por acomodarse y ser el primero en llegar al poblado de San Antonio de los Cobres y obtener un buen lugar – *el mejor* – para seguir vendiendo. Otros, más pobres aun, comenzaron a correr a pie muy velozmente hacia el poblado. Resultaba imposible de creer que tuviesen semejante velocidad a una altura tan considerable, donde los turistas tenían dificultad hasta para moverse. Más que una postal serena en la montaña, parecía la Estación de Trenes de Retiro, en Buenos Aires, a la hora de mayor llegada y partida de pasajeros estresados, que corren y corren por no llegar ni un minuto tarde a sus trabajos...

San Antonio de los Cobres, una añeja población ubicada junto al río del mismo nombre, de edificación baja y uniforme, con sus casas de adobe. Su población es la más importante de la puna andina y en sus cuatro mil generosos y humildes habitantes, predominan los rasgos del sufrido indígena puneño. Las cumbres nevadas del Chañi y del Acay, invitaban a elevar nuestros ojos a los cielos. Solo una escuelita, la iglesia y la vieja estación del tren, eran los mudos testigos del encuentro transitorio entre dos culturas diferentes, que se miraban sorprendidas.

Don Triángulo se paseaba muy tranquilo entre los diligentes vendedores Collas y los entusiastas turistas compradores. Las barreras del idioma eran infranqueables, pero el

regateo con los dedos y mostrando los billetes, solucionaban las diferencias entre la oferta y la demanda, con un solo e invariable resultado: el nativo siempre era el que perdía, igual ahora como hace mas de quinientos años, cuando arribó Colon con sus ávidos seguidores, cambiando espejitos y vidrios de colores, por fino oro y blanca plata ...

- *¿Y La Juana por donde anda, Don Luiggi?* - pregunto Don Triángulo
- *Yo también la estoy buscando... ¿Que raro!... siempre esta por acá cuando regresa el tren... ¿Tendría que estar!* - respondió Luiggi, acercándole una página suelta del diario El Tribuno de Salta, en el que se referían al centésimo aniversario del homicidio de esta mujer, acaecido el 21 de marzo de 1903:

“Ayer por la tarde, dos niños que jugaban entre los matorrales del canal del Estado, cerca del cementerio, encontraron el cadáver de una mujer que murió como consecuencia de un golpe en la cabeza. Las averiguaciones realizadas por los policías permitieron establecer que la víctima fue una mujer llamada Juana Figueroa de Heredia, de 22 años de edad, dedicada a los quehaceres domésticos. Su esposo, Isidoro Heredia, un carpintero de 42 años, que fue detenido más tarde, confesó que había matado a su mujer con un hierro luego de una agria discusión. Versiones recogidas en fuentes extraoficiales, permiten suponer que el drama se habría suscitado como desenlace de graves desavenencias conyugales”

Agregaba que Juana, *“le había sido infiel a Isidoro en numerosas oportunidades y con varios hombres, sin ninguna intención de conservar su matrimonio pues sus infidelidades, se habían hecho cada vez más indiscretas, abandonando el hogar marital varias veces y hasta conviviendo por varios meses, con un tal Ibáñez de la localidad de Cerrillos.”*

Habiendo fracasado también en ese romance, *“Juana comenzó a frecuentar por las noches los bares cercanos a la estación ferroviaria, donde entonces, como ahora, tenían su epicentro las diversiones nocturnas. Y alguien se lo comentó a Isidoro, que la buscó hasta encontrarla y consiguió, con promesas o con amenazas, que la mujer lo acompañara de regreso a su casa. Según presumieron los policías y tal como corroboró Isidoro más tarde en su confesión, por el camino comenzó la discusión que culminó cuando Isidoro tomó un hierro que asomaba entre los yuyos y golpeó a Juana mortalmente en la cabeza.”*

“Poco después del homicidio, mientras el victimario se disponía a purgar los 17 años de prisión que le aplicaron los jueces, comenzaron a alumbrar las velas que transformaron a la difunta en alma milagrera. Nadie sabe cómo empezó esa forma de culto. No hubo ninguna persona, ni entonces ni hoy, que aclarara los motivos de esa reacción popular.”

“Según la opinión generalizada, Juana Figueroa había sido una mujer infiel, bastante descocada y con marcada inclinación por el beberaje y la parranda, así que dada nuestra mentalidad latina, que perdona cualquier cosa menos la infidelidad, Isidoro había matado con justicia. Era culpable pero tenía razón. Por ende resultaba la verdadera víctima de este suceso, pero esa idea se manifestó muy raras veces en público. Hay dos viejas cuartetitas muy explícitas en tal sentido. Se

atribuyen al periodista y poeta Edelmiro Avellaneda, a cuya pluma se debe también un drama en tres actos sobre las andanzas del célebre maleante Pelayo Alarcón. Esas cuartetas dicen:”

*”Nací de padres honrados
aunque de escasa fortuna,
no ha sido noble mi cuna
más lo era mi corazón.*

*Y quiso el fatal destino,
esta negra suerte mía,
que conociera a la Juana,
con quien me desgraciaría”*

“Sin embargo esa "negra suerte" y ese "fatal destino" no despertaron la compasión de nadie. No hubo cristiano que moviera un dedo a favor de Isidoro Heredia. El recurso de la emoción violenta no contó en su caso. Cumplió toda su condena y pasó al más absoluto anonimato, al tiempo que la adúltera, la casquivana causante de la tragedia, se convertía en espíritu solidario y milagroso que presuntamente ayudaba a las mismas personas que descalificaron su conducta.”

“Juan Carlos Dávalos, en su libro "Relatos lugareños" dice que Juana Figueroa "era una mulatilla ingrata y tornadiza", en tanto describe a Isidoro Heredia como "un hombre manso y tolerante, bueno como las fragantes tablas de cedro que pulía en su taller”.

“De allí en más "la Juana" pasó a ser una mártir popular. El pueblo no se detiene a analizar su actitud, por el contrario, intenta comprender la debilidad de la mujer, especula con su relación matrimonial y que hechos íntimos provocaron su infidelidad.”

”La devoción a Juana Figueroa se extendió por toda Salta y es así que la convirtió en mito, por lo que todos los lunes la que fue su casa se llena de fieles (especialmente mujeres), con los más diversos pedidos, iluminando el lugar con millares de velas que dan un espectáculo único.”

”Juana Figueroa, la que para muchos pecatos sería solo una infiel mujer, para el pueblo es un mito capaz de servir de nexo con el Creador.”

Y luego, el artículo continuaba refiriéndose a lo extraño de este caso, en cuanto a los motivos por los cuales fue elevada a la categoría de Santa Popular. Al instinto popular, le despiertan piedad las tragedias de muertos, especialmente si son de jóvenes populares y conocidos, y así surgen las devociones y los mitos. Aunque son cultos paganos, en el fondo tienen un profundo sentido religioso y les ponen crucifijos o estampas de la Virgen.

Dobló Don Triángulo la vieja hoja del diario y se la devolvió a *Luigi*. Solo se limitó a

decir: - A Juanita yo la conozco muy bien y se cuanto vale por dentro. Por algo el barbudo decía hace dos mil años atrás, que aquel que se sintiese libre de culpa, tirase la primer piedra...

Por el camino del poniente, una camioneta más que desvencijada, llegaba muy retrasada al mercado improvisado del pueblo al lado del tren. Traía parada en su caja detrás de la cabina, a una morocha con su pelo largo hasta la cintura, desplegado y ondeando al viento. Un vestido de baile muy elegante, ceñido al cuerpo, escotado y largo hasta la mitad de las piernas, era lucido espléndidamente por esa hermosa morena.

Cuando se vieron Don Triángulo y La Juana, se dieron un prolongado abrazo, sin decirse ni siquiera una palabra. Las palabras no son el único medio de comunicarse entre las personas y a veces, hasta sobran cuando hay un gran afecto entre ellas.

- *Me quedé con esta familia, acompañándola por el camino, ya que estuve pidiéndole a Dios que los proteja en estos caminos de cornisas y precipicios. Fíjese las gomas de las ruedas, son telitas que explotan en cualquier momento, o la dirección que esta a punto de quebrarse, o los frenos que casi ni funcionan y en ella viajan siete Collitas de pies descalzos y piel deteriorada por el frío y el viento, con sus padres y tíos luchando por sobrevivir. Tata Dios me lo concedió, siempre y cuando yo me quedara con ellos...-* le dijo la Juana Figueroa a Don Triángulo.
- *Hay gente que debería callarse la boca y sentir un poco de vergüenza, por su conducta inmoral e indecente-* la increpo de golpe a la Juana, una dama venerable y anciana de pelo blanco y mantilla negra, con un medallón de la Acción Católica Argentina.
- *No hay mujer que no la entregue..., si no hombres que no se la saben pedir* - le respondió la Juana, con sus manos en la cintura y mirándola por encima del hombro derecho.
- *¡Pecadora!...* - le contestó la anciana dama
- *¡Y a Dios gracia...!* - no se quedó corta la Juana Figueroa en la respuesta- *Pues cuando uno se sabe imperfecto, es cuando mejor trata a los demás. Que bien le vendría a usted, tan noble anciana, un pecado bien grande, para tener menos soberbia y un poco mas de amor hacia los demás... La verdadera moral pasa por encima del ombligo y no por debajo.*

La anciana se retiro sin contestarle, con rumbo a la capilla, prometiendo rezar por su alma pecadora. Don Triángulo hubiese querido explicarle que la Juana ya tenia línea directa con Dios y las obras buenas que hacia, pero la anciana estaba muy ofuscada y a nadie quería oír.

La Juana Figueroa se colocó un poncho salteño de color rojo, fileteado con rayas negras y le dijo a Don Triángulo:

- *Voy con usted y sus amigos, pero con una condición.*
- *¿Cual?*
- *Que esta noche me acompañen a una de las tradicionales peñas, allá en la capital de Salta...*

Don Triángulo miró a su grupo y la respuesta fue unánime: - *¡Aceptamos!*

Y luego del largo y monótono viaje de regreso, en medio de la oscuridad nocturna que caía sobre la provincia de Salta, aunque alegremente matizado con excelentes conjuntos folklóricos que se trasladaban entre los vagones cuando las curvas, contra curvas y cornisas del ferrocarril lo permitían, llegaron de noche a la capital de Salta, la linda..

Cabrito a la parrilla con su correspondiente vino torrontés, lo esperaba a cada uno del grupo, deliciosamente preparado en una de las mejores peñas salteñas. La Juana seguía teniendo intactos sus acomodados. Sabrosos tamales y varios vasos del mejor vino tinto, se entremezclaban con la alegría del grupo, mientras algunos gringos infiltrados, muchos palladores y el más puro y autóctono folklore local, conformaban una movida divertida, que solo se apago al amanecer, cuando las coplas y las bagualas trasnochadas, quedaron sin aliento y se durmieron... A Juana se le llenaba los ojos de lágrimas, de la inmensa emoción que la embargaba al revivir su juventud tan corta.

El grupo, una vez repuesto, se preparaba para su último viaje, caminando por las noctámbulas calles de la dormida Salta, observados solamente por algunos gatos encaramados a los tejados, cuando les llamo la atención una redada de prostitutas, realizada por la policía. Todos se quedaron callados, salvo la Juana, que en voz alta les largó muy indignada:

- *Como siempre. Nunca ponen presos a los cafishios explotadores de prostitutas ni a los clientes que mantienen el negocio, solamente se llevan a las mujeres... Menos mal que en este siglo, algo aprendieron ustedes los hombres, como a mantener el aire y el agua puros, o a respetar a los animales y a las mujeres... pero les falta mucho, demasiado todavía...*
- *Nosotros cumplimos ordenes* - fue la única respuesta que le dieron, aunque en el fondo, estaba impregnada de vergüenza.

El domingo 19 de agosto de 2007, amaneció en la Argentina a las siete horas y veintiún minutos. *Don Triángulo*, acompañado de *Víctor Vairoleto* y *Teresa Bondino*, de *Juan Bautista Vairoleto*, *Félix Bazán* y el *Gaucha Cesar Bazán Frías*, del *Niño de la Esfera Azul Celeste*, *Pedrito Hallao*, los *Mellizos Hallao* y el *Carballito*, de la *Telecita*, *Don Luiggi* y la *Juana Figueroa*, del *Gaucha Olegario Álvarez*, de *Lázaro Blanco*, de *Juan Moreira*, de *Santos Vega* y de *Hormiga Negra*, arribaron cantando a viva voz la “*Marcha de Malvinas*” como a las diez y media de la mañana, a la laguna de *Utracán* en la Provincia de la Pampa, siendo recibidos por un numeroso grupo de personajes argentinos, quienes los esperaban con la promesa de un gran asado.

*Tras un manto de neblina
No las hemos de olvidar
Las Malvinas argentinas
Clama el viento y ruge el mar.*

*Ni de aquellos horizontes
Nuestra enseña han de arrancar
Pues su blanco esta en los montes
Y en su azul se tiñe el mar.*

A ciento veinticinco kilómetros al sudeste de la ciudad de Santa Rosa, capital de la Provincia de la Pampa, y a diez kilómetros de la Ciudad de General Acha, se encuentra la encantadora laguna de Utracán. Es un gran espejo de agua permanente, a la que se le reconocen propiedades curativas, con hermosos manantiales en los que abundan los patos de pico largo y afinado, con bordes en forma de dientes de sierra, que sólo sumergen la cabeza y el cuello en busca de alimento; los flamencos de color rosado, que varían de tonos y matices en su plumaje, según las estaciones, con sus patas y cuello muy largos que durante el vuelo mantienen extendidos; los gansos, esas aves de gran peso que emigran según las estaciones y que vuelan largas distancias a grandes alturas, alimentándose de hierbas y granos entre los pastizales; las garzas de suave plumaje, con su cuello, patas y pico alargado, afilado y puntiagudo, que vuelan con el cuello en forma de “S”, apoyando su cabeza en la parte superior de las alas, y se alimentan esperando a sus presas acuáticas en aguas poco profundas o en la tierra, agarrándolas con su veloz pico.

Se llega a este recreo pampeano, atravesando el zigzagueante camino que enhebra a los solitarios médanos que lo circundan, siendo custodiado por innumerables centinelas que vigilan alertas y aparecen, ante el paso del visitante. Son las liebres, zorros grises, algunos ciervos colorados, jabalís, perdices chicas y de monte, vizcachas, peludos, palomas monteras, torcazas, loros y cotorras, ñandúes y chinchillas, de la prolífica fauna regional.

Utracán es actualmente conocido por su familiar balneario y por su popular camping, pero muchos años atrás, fue una pujante y próspera localidad, conocida por ser una estación despachadora de cargas, en la que se realizaba un gran acopio de cereales, lanas, cueros y por sobre todo, de leñas.

Nadie sabe exactamente que significa *Utracán* en castellano. Algunos traductores dicen que “*utra*”, es frío y “*can*”, comida, por lo que querría decir “comida fría”. Otros consideran que viene de “*uthan*” equivalente a pararse, ponerse de pie, enderezarse repetidas veces o quedarse parado muy empinado, similar a un enérgico caballo que se alza majestuoso sobre sus patas traseras y que eso, se homologa a las barrancas del valle de *Utracán*, las más empinadas de toda la provincia. Sería algo así como barrancas a pique, o valle de pendientes pronunciadas, o mejor aún, equivaldría a “*el parado*” o “*el empinado*”.

Otros en cambio, consideran que deriva de “*utäln*” que significa apacentar y de “*cam*”, que equivale a la muletilla española del “*pues*”, o él “*así es*”, por lo que su traducción podría ser *pastadero*. Esta opinión, tiene asidero en que antiguamente el valle de *Utracán*, era utilizado por los indios para alimentar a sus animales, ya que esas praderas eran las mejores de La Pampa.

Y también hay quienes lo traducen como *invernadero*, pues la zona era elegida por los indios pampas de las *Salinas Grandes*, para invernar a los caballos que usaban en sus innumerables malones.

Entrando por el Camping, a mano izquierda y luego del sector de las viejas sombrillas de pajas grises, con sus firmes ejes de palo enclavados en la tierra del borde de la laguna como erguidos soldados, se encontraban preparados los asadores y parrillas como para alimentar a miles de personas.

Descendientes de familias muy conocidas de la zona, como las de Álvarez Learte, Vighorito y Culle, fueron los elegidos para demostrar sus dotes de excelentes asadores. El objetivo era preparar un tradicional costillar al asador, organizado al aire libre.

Los hombres encargados del asado encendieron el fuego con escogidas ramas secas y hojas de diario retorcidas y arrugadas, que colocaron estratégicamente por debajo de las primeras. A medida que las llamas fueron cobrando fuerza, les colocaban trozos de quebracho y algarrobo, formando una inmensa hoguera que emitía un muy intenso y abrasador calor. De a poco, esos palos se fueron convirtiendo en pequeñas brasas rojas, que caían por turnos, en la base del cúmulo de leños ardientes.

Y luego de un lapso, los leños se convirtieron en brasas incandescentes, que despedían pequeñas llamas de color azul verdoso, con muy escaso humo. Fueron entonces seleccionados para integrar el fuego principal, mientras que aquellos leños más grandes, que todavía emitían llamaradas amarillas, conformaron la hoguera secundaria, destinada a alimentar al primordial a medida que se iba consumiendo, acercándolos mediante una larga pala de cabo. Las reglas de oro no escritas entre asadores, dicen que es preferible que el fuego sobre y no que falte y que los invitados, deben esperar al asado y no, al revés. El asado se parece al matrimonio, pues debe partir de un buen fuego que nunca debe extinguirse mientras se lo necesite.

Ese era el momento esperado para enterrar la famosa cruz asadora, portando el apetitoso costillar, bien amarrado entre ganchos de carnicería y enfrentando por el lado de las costillas y ligeramente reclinado hacia el radiante calor del fogón. A la distancia de dos metros, sólo el puro calor de las brasas, sin humo ni emanaciones tóxicas, cocinaba pareja y deliciosamente a la carne.

Casi tres horas llevó lograr un dorado con una cocción casi completa. En ese punto, cuidadosamente dieron vuelta a los costillares en la cruz y los acercaron aún más a las brasas, buscando quemarles las grasas del lado externo, hasta obtener un dorado crocante que hacía agua la boca de quienes solo observaban.

Otras brasas fueron cuidadosamente esparcidas por debajo de las parrillas, donde se asaban por separado a los jugosos chorizos y las agridulces morcillas, a los ricos chinchulines y la deliciosa tripa gorda, a la inefable salchicha parrillera, a las exquisitas mollejas y los sabrosos riñones, a los pimientos, batatas y cebollitas blancas...

A la una y media de la tarde comenzó el gran banquete, sirviendo primero los chorizos, las morcillas y todas las succulentas especialidades, mientras que los esforzados asadores, “con el otro ojo” ponían su máximo de cuidado para que las carnes, no se pasasen del punto exacto de cocción.

Entre vasos de excelente vino tinto y espectaculares choripanes, los asadores comenzaron a trozar expertamente el dorado y sabroso costillar, colocándolos sobre grandes mesones de madera, desde donde los mozos los recogían y llevaban en fuentes, hasta las mesas en que esperaban los excitados y hambrientos invitados.

Algunos comensales “más vivos”, preferían acercarse al fogón y hacerse cortar una buena presa directamente del costillar, bien grande y con poca grasa, cortada a lo largo, alegando que así, resultaba más crujiente, jugosa y a punto.

Para los buenos asadores el mejor condimento era usar solamente la sal y a lo sumo, limón para algunas achuras, como las mollejas. Consideraban que era un verdadero crimen, el usar las salsas fuertes y agresivas, por que ocultaban o desfiguraban el gusto de las carnes, pero sabían escuchar las distintas opiniones, respecto a que quería hacer cada comensal con su porción. Algunos pedían que se le ponga *chimichurri* a la carne en la parrilla, por que se impregna mejor y más profundamente, cuidando de no ponerlo al costillar del lado que va hacia el fuego, pues el perejil o el ajo se quemar y le dan un gusto muy amargo.

Una abundante y nutrida ensalada de lechuga, tomate y cebolla, acompañaba a la carne, aunque también se podían elegir otras, que le sumaban papas, remolachas, cebollas y huevos duros; y los que la querían bien completa, podían adicionarle pepinos, rabanitos e hinojos.

Los cuchillos habían sido afilados con esmero, siguiendo el consejo centenario de los viejos y expertos gauchos: “*no existen las carnes duras, si no los cuchillos mal afilados...*”

El pan fresco era abundante, ya que muy pocas personas preferían saborear la carne sin él. Pan casero, pan de campo, pan francés, baguettes, miñones, milonguitas... se ofrecían para elegir al gusto de cada uno.

Luego de un rato de darle duro y parejo, hincando con muchas ganas los dientes en las carnes y aplacando la sed con vino, el clima se puso tenso por discusiones políticas, polémicas por el fútbol y altercados por cualquier cosa. Era el momento justo para cortar con las malas ondas y aprovechar para felicitar a los asadores y Don Triángulo, sin timideces les largó la ofrenda:

- *¡Un gran aplauso para los asadores!*
- *(Por que no habrá elegido un momento mejor, ese viejo tarado)* – pensó uno de los asadores, siendo captado telepáticamente por Don Triángulo, mientras todos aplaudían generosamente.
- *¡Menos mal que los ayudaron!* – dijo uno, levantando la copa
- *¡Un aplauso para la vaca!* – gritó otro que ya estaba medio borracho.

Siguieron charlando muy entretenidos y a pesar de que eran miles y miles los comensales, la comida alcanzaba para todos y repetían, las veces que ellos querían. Más de uno se aflojó el cinturón y desabrochó la bragueta, buscando que hubiese más espacio para que entren las nutrientes provisiones. Algunos se preguntaban quien pagaría el asado y otro, se atrevió a decir sin tapujos:

- *Seguro que es algún partido político que nos quiere comprar los votos con un asado... como siempre, del estomago a la urna. El asado esta muy bueno, así que hagámosle creer que estamos de acuerdo con ellos...*

Cuando se estaban por servir los postres, uno de los invitados se paró y dijo:

- *A ver ¿quien se anima a que enfrentemos a dos gallos de riña, de peso similar, peleando según los reglamentos en vigencia? Y si alguno tiene un gallo tuerto, yo también tengo uno igual y los podemos enfrentar en pareja. Que todas las riñas sean de setenta minutos y que los gallos se larguen de frente, sin empujarlos y que se inicie el combate al minuto de la largada si se embisten y pelean. Pero si alguno no embiste, o embistiendo rehúsa la pelea antes del minuto, habrá tabla, pero si hay heridas, pierde... y además...*
- *Me parece que usted se equivoca, amigo. No estamos para peleas de gallos de riña, compañero – dijo Don Triángulo, frenándolo en seco al que hablaba– Lamento que no se haya dado cuenta solo, ni siquiera sospechado, del porque motivo estamos aquí reunidos con toda esta multitud de gente...*

Se hizo un silencio absoluto ante las inesperadas y duras palabras de Don Triángulo. Todos esperaban ansiosos se develara por fin, el cerrado motivo por el cual se los había reunido en ese multitudinario asado. Todos los ojos le apuntaban a Don Triángulo, tras el cual presurosamente se alinearon, en un semicírculo perfecto, todos sus espirituales amigos.

- *En primer lugar – continuó Don Triángulo – ustedes están aquí presentes, solamente en su espíritu y aunque no están muertos, sus cuerpos permanecen profundamente dormidos en sus casas y nadie de vuestras familias se preocupa demasiado, quédense tranquilos, por que hoy es domingo y piensan que necesitan dormir hasta más tarde...*

Todos se alarmaron y con sorpresa, comprobaron que podían flotar en el aire, o volar por sobre las copas de los arboles, o ver a las almas en pena que acompañaban a Don Triángulo.

Y la sorpresa, pronto le dio paso a la ansiedad, a la angustia y a una pregunta obvia: *¿por que estaré precisamente yo entre estos elegidos?* El telepático Don Triángulo, les dio inmediatamente una respuesta bien clara, tras la cual no les quedó la menor duda a la multitud de personajes, que habían sido reclutados de entre los mejores chantas argentinos. Estos chantas, eran miles de banqueros especuladores y estafadores, pero que operaban dentro de los marcos legales; cientos de lobbistas capaces de hacer temblar gobiernos y derrocarlos, pero dentro de las normas constitucionales; miles de empresarios con ganas de hacerse ricos en poco tiempo, sin importarles las miserias de sus empleados, pero dentro de las normas laborales en vigencia; cientos y cientos de periodistas corruptos que creen tener “libertad de prensa”, cuando que solo tienen “libertad de empresa” editorial para decir aquello que les ordenan decir; contrabandistas de toda clase, protegidos por inmunidades diplomáticas:

- *A ustedes se los escogió por ser los principales representantes de la Chantocracia Argentina y a los que nadie, absolutamente nadie, les pudo demostrar legalmente su proceder inmoral e indecente.*
- *¡Si esto es una pesadilla, exijo despertarme inmediatamente! ¡Tengo mis derechos que son irrevocables!* – gritó un banquero, conocido por coimear repetidas veces en la Cámara alta, para que no saliese una Ley que perjudicaba a los bancos y al que nunca pudo probarse nada.

- *Más que chantas, son unos reverendos hijos de puta que se abusan de las crisis y se aprovechan de la pobre gente desesperada. Reclaman sus derechos, después que se han cagado miles de veces en los derechos del infeliz ciudadano* – dijo enardecido Juan Bautista Vairoleto, con ganas de hacer hablar a su revolver.
- *Si no tienen pruebas, mejor que se callen* – dijo un cuidador de estacionamiento, que trabajaba para una Universidad Estatal.
- *¿Querés pruebas?* – preguntó la difunta Correa, mientras hacia pasar por la conciencia del cuidador del estacionamiento - *como si fuera una película documental* – a todas sus actividades ocultas - *Aquí estás vos, pidiéndole coimas todos los meses a los profesores que cobran apenas dos pesos por dar horas y horas de cátedra... y aquí, presionándolos para que dejen lavar sus automóviles por vos y tu socio...y aquí, rayando el auto de los que no aceptaron...y aquí, desinflándoles las gomas... y aquí, robándoles combustible a todos... y aquí, duplicando tickets para engañar al administrador del garaje... y aquí, estas hablando de moral y buenas costumbres con tu familia... ¿Querés más pruebas?*

El silencio absoluto del cuidador de garaje, se fundió en una sola pieza con su cara enrojecida de vergüenza. Solo se limitó a tragar saliva y mirar hacia abajo, otorgándole veracidad total a lo que decía y le mostraba la difunta, en su negra conciencia...

- *Encima, siempre hay alguno que es más basura todavía que usted, y que encima lo protege. Los chantas hacen camarillas, encaramándose en puestos en todos los niveles, para intercambiarse ayudas cómplices, taparse chanchullos y sacar todas las ventajas que puedan y no, para ponerse al servicio de los otros y ayudar de verdad al que lo necesita* – le agregó muy enojada la Difunta Correa
- *Acá le viven echando la culpa de todo al neoliberalismo y al capitalismo, pero somos nosotros mismos los que nos vivimos robando. La bendita deuda externa, es el fruto de todo lo que se robaron los argentinos, cobrando sueldos como verdaderos “ñoquis de fin de mes” o con un “presentismo” perfecto, pero rascándose los “higos” a cuatro manos, mirando el techo sin hacer nada o boludeando por las oficinas, para ver si ligo algo con alguna “minita”* – dijo Víctor Vairoleto - *Preferimos echarle la culpa de todo a Estados Unidos, al FMI o a Magoya, en vez de reconocer que tenemos lo que nos merecemos*
- *Acá está lleno de Chantas diplomados, a los que desde la casa paterna y desde la misma escuela, se les enseña a perfeccionarse y especializarse. Les enseñan los trucos y los secretos de la oratoria, para que desde muy pequeños aprendan a conmover a los giles; se los educa para que enseñen y den cátedra hasta de lo que no saben o no tienen ni la menor idea, con tal de salvarse en los exámenes o para aparentar que están informados; se los ejercita en transmitir el mensaje que justifique lo injustificable y a persuadir, mirando directamente a los ojos del que esta hablando con uno; se los instruye a no taparse la boca al hablar, a no cruzarse de brazos, a no refregarse las manos, a no mirar el reloj en la*

entrevista, para que el otro no se de cuenta de quien soy yo, realmente. El Chanta es un experto en el parecer y no, en el ser – dijo Don Triángulo, ante el silencio general que se había hecho.

- *No exageren ni hagan tanto bolonqui, que “somo lo mejore del mundo, somo...” - dijo un hincha de fútbol de una barra brava, masticando con fruición a un largo y duro escarbadientes.*
- *¿Los mejores del mundo?! – gritó la Juana Correa – ¡Por favor! Somos los mejores para prometer y no cumplir. Nos importa un carajo el otro y por eso lo hacemos esperar, cagándonos del tiempo de los demás. Somos los mejores para tirar papeles, latas y puchos en cualquier parte de las veredas, aunque este lleno de cestos de basuras, o dejamos que nuestro perro le cage en la vereda al vecino y creemos ser flores de piolas, porque el tonto no nos descubre. Somos los mejores en llenarnos la boca con palabras, hablando sobre las virtudes de la comida argentina, pero lo único que comemos son milanesas y papas fritas, bife a la plancha y pizza italiana...*
- *Usted disculpe Don Triángulo, pero los argentinos tenemos la avenida más ancha del mundo, la más larga y la más linda – acotó un ciudadano bien porteño.*
- *¿Y eso, es gran mérito para usted...? – le respondió el viejo – tendremos calles lindas, pero conducimos como enfermos mentales, pensando que las estúpidas normas del tránsito, fueron hechas para los demás, pero no que se hicieron para mí. Siempre queremos ganarle al otro, adelantarnos, aunque no estemos apurados; jamás queremos cederles el paso a los otros, porque eso nos transformaría en maricones. La banquina son un carril más, que solo los idiotas no las usan y cuando se pone amarillo el semáforo, siempre hay que acelerar y cerrar los ojos, ya que la luz roja es una molestia que solamente los demás, están obligados a respetar. No pensamos que muchos accidentes serían evitables si manejáramos con prudencia y estamos profundamente convencidos que los choques, son el fruto del destino – la fatalidad - y a nadie le importa demasiado que se mueran miles y miles de argentinos por año en accidentes. Y lo peor, es que nadie quiere ser el primero en cambiar.*
- *Escúchenme, personajes de pacotilla de este libro berreta ¿Ustedes donde viven, o vivieron?. Yo me hice abogado porque siempre fui un gran enemigo de la injusticia. Personalmente la detesto y siempre me gusto pelearla, pero lamentablemente “el sistema” está demasiado contaminado y para triunfar como abogado, hay que ser chanta, no queda otra. Tuve que anestesiar mi conciencia hasta que logré convencerme a mi mismo, que yo no miento, que sólo manipulo la verdad para el bien del que me paga.*
- *La corrupción de lo mejor, es lo peor que hay – le respondió el policía Cesar Frías – En un país donde un juez incurre en el delito de prevaricato y nadie le hace juicio, o un abogado que altera las pruebas de un delito y se burla de la justicia nunca es condenado, o un policía que extorsiona y denuncia falsamente siempre queda impune, o un*

político que solo gobierna para los poderosos y nadie lo condena, la República tiene un destino de miseria. ¿Cuando carajo se darán cuenta, aquellos que deberían hacer su trabajo desde cierta nobleza, que están destruyendo el alma de la Argentina?

- *“¡Pero no somo racista!” – dijo un empleado rosarino, con la camiseta de Rosario Central.*
- *¿Qué no somos racistas?! – exclamó indignado Pedrito Hallao - No somos racistas, en realidad, por que por “la gracia de Dios” en la Argentina no quedó ni un negro, y vaya uno a saber bien el porque. Lo real, es que son muchos los que están cómodos viviendo en lugares en que la mayoría, no tiene sangre indígena; y si alguno la tiene, lo han presionado sutilmente para que se avergüence y trate por todos los medios, de que no se le note, ya que si no, hasta le resulta difícilísimo conseguir un buen trabajo que no sea de sirvienta o jardinero. El argentino piola, desprecia a los inmigrantes bolivianos, peruanos, chinos o paraguayos, pero los contrata en negro, en condiciones insalubres, sin cobertura médica, porque así... salen mucho más barato. No me haga reír, diciendo que los argentinos no son racistas... si encima se creen europeos y ni siquiera supieron conservar esas raíces, hasta el punto de festejar hoy en día a Halloween y no saber en que mes se festeja el día de la Tradición...*
- *Hay demasiado soberbia del que tiene, para con los pobres, los marginados y los desvalidos - agregó el Carballito – Hay una profunda división de clases y aunque todos lo saben, nadie dice nada. Y otros participan en cientos de programas por televisión, hablando de comprender la homosexualidad, la prostitución y la drogadicción, pero luego en privado se burlan amargamente de los homosexuales, las prostitutas y los drogadictos...*

Don Triángulo y sus amigos, continuaron repartiendo culpas y vergüenzas por doquier, entre los miles de chantas invitados. De a poco, la vergüenza y la conciencia de todas las acciones inmorales que llevaron a cabo en sus vidas, aunque legales desde el momento en que no se les podía probar delito alguno, fueron creciendo en magnitud y atormentando a los *chantunes* (máximos chantas) y a los *chantapufis* (chantas casi inofensivos) argentinos.

El chanta, ese personaje informal y tramposo, que siempre camina en el borde entre lo legal y lo ilegal. El chanta, ese fanfarrón y cuentero, experto en confundir y tergiversar, de quien siempre se esta alerta, porque se teme que nos mienta y del que se tiene la certeza, que es un gran simulador.

El chanta, ese personaje que le hace creer a los demás que el, es el creador de algo, que el tiene las ideas mas brillantes, que el tiene la solución para cada problema, pero que en el fondo, solo vive recolectando el esfuerzo de los otros y revendiéndolo como si fuera propio.

El chanta, ese tipo que "no tiene palabra" y que jamás cumple con lo que promete. El chanta, ese mentiroso y versero que hasta se convence el mismo, de sus propios engaños. El chanta, ese peligroso vendedor sin escrúpulos que estafa a diestra y a siniestra, capaz de

vender un auto sin volante y que cuando se le reclama por el mismo, responde que el precio era "sin opcionales". El chanta, ese tipo que nos cobra como un gran experto y profesor, pero que nos brinda un servicio muy inferior al mínimo.

Y lo malo de ser chanta en la Argentina, es la competencia atroz a la que se ve sometido. El chanta político, ese personaje que a veces es de la derecha y lucha con discursos grandilocuentes contra el mesianismo y la violencia de la izquierda, o es de la izquierda y lucha contra el totalitarismo militar de la derecha, pero que en el momento de votar en el congreso, el senado o el consejo deliberante, si hay que aumentarse o no "la dieta" , siempre levantara su mano "por la afirmativa", en una unidad monolítica entre la izquierda, el centro y la derecha.

El chanta argentino, ese defensor a ultranza y apasionado de la literatura de Borges, que grita a los cuatro vientos, a quien lo quiera oír, que le negaron el Premio Nóbel al escritor argentino por ser *Sudaca...*, aunque el jamás lo haya leído...

Las culpas se distribuyeron entre todos los invitados, sin distinción alguna de clases ni de rangos sociales. El trabajo de Don Triángulo y su grupo, fue sumamente eficiente para introducirse en las conciencias y se dirigió especialmente, en contra de los políticos corruptos, los empresarios expertos en evadir impuestos, los sindicalistas que treparon traicionando a los que decían representar, los jueces injustos que condenaron a las victimas y los banqueros traficantes de divisas. Y además, su mensaje se introdujo profundamente en la conciencia "chantuna" colectiva, de la cultura social de la Argentina.

- *Despertáte viejo, que ya son las cuatro de la tarde... ¿Te pasa algo?* - preguntó la esposa de uno de los invitados, en su casa de un elegante barrio de Buenos Aires
- *Si... estoy bien... pero que manera de comer asado...*
- *¡Pero si recién te despertás y aun no desayunaste!* - exclamó sorprendida la esposa.
- *Que mal que he actuado en mi función publica.! Me da vergüenza las bonificaciones que acepte. Que culpa siento de no haber sido mas justo en todo.! Tengo que pensar como devuelvo lo que no me corresponde..-* dijo muy mortificado el político, por primera vez en su vida.
- *Ay, viejo... vos estas muy mal. Si te escuchan tus compañeros del partido, van a creer que sos honesto y te van a tomar por un inadapado social.*
- *Fui muy malo, vieja y siento mucha culpa y mucha vergüenza...*
- *¡Dios mío! ¡vos tenés fiebre!... ahora mismo te llamo a un médico*

La escena del despertar con remordimientos de conciencia, se repetía con ligeras variantes, en muchos hogares desde La Quiaca hasta Ushuaia y desde el Atlántico a Los Andes. El cambio moral, era impresionante. El futuro, comenzaba a perfilarse algo mejor para Argentina...

- *Hemos conseguido poner de pie nuevamente a la Argentina* - dijo Don Triángulo, dirigiéndose eufórico a su grupo
- *¡Utracán! ¡el parado! Como un caballo erguido en sus patas traseras* - exclamaron todos, revelándose el secreto del porque se reunieron precisamente, en ese lugar de la Argentina.

- *Si, pero perdóneme, Don Triangulo - dijo apareciendo una mujer de pelo corto, grandes anteojos, sin maquillajes, con vaquero ajustado y buzo negro holgado, acompañada de otras cinco mujeres, vestidas mas o menos igual - Somos de la Asociación de Psicoterapeutas Argentinos y estamos totalmente en desacuerdo con sus métodos perimidos y arcaicos, destinados exclusivamente a generar sentimientos de culpa y vergüenza. Esos sentimientos, se fijan a nivel inconsciente, limitando y paralizando la actividad de quienes los sufren. Así, se van a sentir separados, en soledad, incluso resentidos, sin esperanzas y con una latente y oculta angustia de ser castigados...*
- *Y bueno, doña... eso es lo que más quiere la mayoría de los argentinos para esta gente-* le respondió sonriendo Don Triangulo
- *Si... esta bien... pero la culpa, los esta fijando en sucesos pasados. La culpa, es una emoción negativa que despilfarra energía emocional y el que la padece, se siente inmovilizado en el presente por algo que ya paso, llenándose inútilmente de remordimientos...* - replicó la psicoterapeuta.
- *Mire doña, lo que esta mal, esta mal y basta. Si por tomar conciencia de lo que hicieron, se sienten culpables de verdad y no inventan excusas, me parece que están aprendiendo de sus errores y eso es bueno - contestó Don Triángulo - Perseguir y atacar la culpa sin clemencia, llevo a que muchos argentinos se convirtieran en canallas. Y sepan señoras psicólogas, que mi método no es viejo, y si no , fíjense que en la prehistoria no había leyes ni conocimientos y tampoco conocían la culpa, la cual aparece solamente en el hombre mas evolucionado. Yo nunca me resigno y siempre me asombre ante las injusticias, por que conservo la capacidad de indignarme ante el Mal, cosa que - en cambio - perdieron ustedes, los psicólogos. Es malo tener mucha culpa, pero no tenerla es peor. ¡QUE SEAN MAS RESPONSABLES CON LA CIUDADANIA Y VERAN QUE SE LES VA LA CULPA...!*

Y dicho esto, aunque no fue totalmente del agrado de las psicólogas argentinas, pero - aunque sea - las dejó pensando por un largo rato, Don Triángulo se despidió emocionado de sus colaboradores y muy tranquilo, se alejó hacia su próximo destino...